

# EDITORIAL

## Por otra Historia

Las pasiones y los malos humores que dirigieron la vida pública de la II República española desembocaron, como consecuencia del proceso revolucionario iniciado a partir de las elecciones de febrero de 1936, en guerra civil. Ésta significó el punto final a las ilusiones, esperanzas y anhelos depositados por unos y otros en el régimen parlamentario surgido cinco años antes. Asimismo, provocó una ruptura y un retroceso sin precedentes en lo relativo a la producción y el progreso cultural y científico. La victoria de Franco y sus partidarios fue el comienzo de una larga dictadura de corte personal que acaparó la vida pública por entero y buena parte de la privada. La libertad, entonces, quedó en suspenso, para gloria de unos y pena de otros.

Casi cuarenta años después del comienzo de la guerra fratricida, muerto el dictador, se dibujaron en el horizonte inmediato trayectorias posibles para España. Hubo propuestas y alternativas para todos los gustos y colores, unas con destino la libertad, otras encaminadas a salvaguardar el legado del franquismo y continuar con éste, y algunas dirigidas hacia nuevas formas de tiranía. Se impusieron la razón, el sentido común y el espíritu de concordia. La ilusión provocada por un futuro prometedor, lleno de posibilidades y al alcance de la mano, desterró los fantasmas de la Historia. Unos y otros cedieron, sacrificaron sus programas de máximos, manifestando, así, la férrea voluntad de convivir civilizadamente que guió sus pasos: Se avino que los sucesos acaecidos en España entre 1931 y 1975 serían tema de historiadores y no de políticos y jueces. Los frutos obtenidos fueron tempranos, de calidad y respaldados por una amplia mayoría del tejido social. El 6 de diciembre de 1978 se ratificó la nueva Constitución española. España daba los primeros pasos en su caminar por las vías de la democracia.

Se cumplen ahora treinta años de la promulgación de la Carta Magna. Durante este tiempo, entre otras cosas, las libertades públicas y privadas y los derechos básicos que asisten a todo ciudadano español, por el sólo hecho de serlo, se han consolidado, algunos, incluso, ampliado, la economía –a pesar de la crisis actual– ha crecido a buen ritmo, propiciando la extensión de las clases medias, la convivencia política y social se ha hecho razonablemente soportable, sin fracturas notables ni enconamientos desmedidos, y la producción cultural y científica goza de cotas históricas, al menos en cuanto a volumen se refiere. Así las cosas, se podría afirmar que España disfruta de buena salud cívica, que, definitivamente y por derecho propio, ha ingresado en el selecto, pero cada vez más numeroso, Club de las Naciones Libres.

A tales acontecimientos han dedicado historiadores y aficionados a la investigación cientos de miles de estudios, especialmente en los cinco últimos años, durante los cuales se han conmemorado los veinticinco años de la vigente Constitución, los setenta de la revolución –intento de golpe de Estado– de Asturias y los setenta y cinco de la proclamación de la II República. Ha habido estudios desapasionados, novedosos y científicamente sólidos que, curiosamente, han pasado prácticamente desapercibidos. Pero la tónica dominante ha sido lo *politically correct*, publicaciones de bajo calibre con pretensiones científicas –las más publicitadas en medios de comunicación, quioscos y librerías, especializadas o no–, en las que osadamente se desafiaban los principios de realidad y causalidad, se condensaban todas las consignas imaginables, se conformaba el perfecto y rentable mito –hecho realidad, por su extensión y asimilación social– de la romántica lucha de las *izquierdas* ¿? por la libertad.

Estas apreciaciones, fáciles de contrastar, son sólo la punta del iceberg de un problema cuyo calado y proporciones reales aún no se conocen, pero que está ahí, la progresiva, paradójica y ya prácticamente irreversible incorporación –¿inconsciente?– de los postulados relativistas e historicistas de nuevo cuño al discurso científico de las ciencias sociales y humanas, insistiendo en planteamientos duales, utilizando categorías artificiales, valorando bajo criterios diferentes fuentes documentales y orales del mismo género e igual calibre, y, lo más significativo, suplantando –ingenuamente o no– el concepto de Historia por otro más pegadizo y «popular», el de Memoria Histórica, cuya carga ideológica es manifiesta.

Parece razonable, pues, apostar por otra Historia, adaptada a las exigencias de nuestro tiempo, nueva en formas, contenidos y estilos, sencilla y viva, más rica en reflexiones, alejada del «metodismo» académico –ya endémico–, pero igual de erudita y rigurosa, respetuosa con los principios de realidad y causalidad, generosa en perspectivas, orientada por la razón y el sentido común y, sobre todo, desvinculada de ideologías, políticas y justicias.

A este propósito, el de ensayar esa nueva Historia, entre otros, responde el presente número de *Foro de Educación*, con el que, además, se inicia una nueva etapa: Se da comienzo a las monografías. Para inaugurar la sección se ha escogido como tema, por su actualidad y trascendencia, la Transición española (1975-1982). El lector encontrará en las páginas dedicadas a tal asunto un nutrido grupo de investigaciones, todas ellas fruto de la reflexión y del trabajo serio, científico, a través de las cuales podrá obtener una panorámica –de entre las muchas posibles– de lo acaecido en España en el lapso de tiempo indicado. La atención se ha centrado en cuestiones relativas a enseñanza y educación, aunque también se proporcionan fragmentos de otras realidades que no fueron ajenas a los cambios operados durante la Transición, la economía, el arte, la sociología. Pero lo novedoso no acaba ahí: Se han reunido en un mismo espacio, unas al lado de las otras, colaboraciones debidas a plumas e intelectos variados, con formación y pareceres diversos, en ocasiones diametralmente opuestos. Estas ideas han estado también presentes a la hora de plantear las entrevistas: En esta ocasión, por la riqueza del tema, se ha optado por realizar dos, ambas a personas de reconocido prestigio intelectual y partícipes, en mayor o menor grado, en el proceso de la Transición, una a José Manuel Otero Novas, Ministro de Educación que lo fue durante el gobierno de UCD, y la otra a Alejandro Tiana Ferrer, Catedrático de Historia de la Educación y Secretario de Estado de Educación durante la legislatura 2004-2008 del PSOE. Hay que agradecer al profesor Juan Carlos Hernández Beltrán el tiempo y el esfuerzo invertidos en este primer monográfico, así como las ilusión y alegría con que ha acometido el trabajo.

En la sección Estudios, variada en temas y rica en contenidos, se han abordado cuestiones de actualidad y especial trascendencia, algunas en perspectiva internacional, como son Estado, constitucionalismo y educación, Filosofía de la Educación, Relaciones de género en la historia presente, Inmigración y educación, Protección social de la infancia, Culturas escolares. Vinculado a esta última, se presentan, en el apartado dedicado a informaciones de la sección Miscelánea, dos trabajos que versan sobre una de las líneas de investigación más cultivadas a día de hoy en la Historia de la Educación, los museos pedagógicos. Y en la misma sección, pero bajo el epígrafe de textos para la reflexión y el debate, aparecen sugerentes ensayos, la mayoría inéditos y todos «picantes». Cierran el número las recensiones, esta vez más abundantes.

*El Director*

